

provisiones necesarias, y dejando de ser sitiador se hubiera visto él mismo sitiado. Este poderoso motivo, el ardor de todos los capitanes venecianos, las continuas instancias que hacían á su almirante, el tierno espectáculo de los sitiados, que desde lo alto de la muralla le alargaban las manos en ademán de suplicarle y con lastimeras voces imploraban su auxilio, nada de esto fué capaz de mover á aquella alma vil á esportarse al menor peligro, ni aun á salir de su estúpida inacción. Además de la desidia del jefe, hubo también un traidor perverso, llamado Tomás Liburno, que enseñó á los turcos los parages por donde ofrecía la plaza menos resistencia, y de este modo cayó en poder de Mahomet despues de treinta dias de sitio (1470).

Para tomar venganza el cruel sultan de la muerte de cuatro mil hombres que habia perdido, la abandonó al saqueo y á todo el furor de los soldados. El noble veneciano, Pablo Eriso, habiendo salido bajo la palabra del gran señor, de un fuerte adonde se habia retirado, le partieron por la mitad del cuerpo. Su hija, que á una virtud heroica juntaba una rara hermosura, fué ahorcada por no haber querido condescender con los torpes deseos de aquel bárbaro seductor. Al fin, el vil comandante de la armada veneciana fué preso por su sucesor Pedro Mocénigo, el cual le envió cargado de cadenas al senado, y este le condenó á destierro perpétuo. Habia encontrado Mocénigo cuarenta y seis galeras, á las que se agregaron poco despues otras veinte enviadas por el Papa, y diez y siete que dió Fernando, rey de Nápoles. El nuevo almirante, en nada parecido al primero, puso en alarma con este armamento á todos los mares del Archipiélago é hizo en ellos terribles destrozos.

Al mismo tiempo no omitía el Papa diligencia alguna para levantar un ejército de tierra proporcionado á la escuadra. A fuerza

de repetir sus instancias con el emperador Federico, el cual se divertía entonces en viajar y en grabar en las paredes de las posadas este emblema de la indolencia: *el olvido es el remedio de los mayores males*: logró que se juntase en Ratisbona (1471) una dieta numerosa, en la que se halló medio de poner en pie de guerra un ejército de doscientos mil hombres, y señalarle un sueldo fijo sobre las contribuciones de cada particular, á cuyo efecto se dispuso de comun acuerdo, que el que tuviese mil escudos de renta, habia de dar un hombre de á caballo, y el que quinientos, uno de á pié, y así todos los demás á proporción de sus rentas, ya escediesen, ya no llegasen á las sumas indicadas. Los que tenían un duplo ó triplo, debían presentar dos ó tres hombres, y los que tenían menos, debían unirse para suministrar el soldado ó soldados que les correspondiesen. Tal era en aquellos tiempos el sistema de la administración política que no sabia comprender la distancia que hay entre la teórica y la práctica. Pero ¿cuándo han dejado de alucinarse los hombres de cálculos precisos y los proyectistas de planes impracticables? Otro error que apenas puede concebirse era el de hacer fuesen exclusivamente los móviles de estas grandes operaciones los Papas, que por lo comun eran viejos ó estaban enfermos, y muchas veces juntaban ambas cosas; de manera que ninguna de esas empresas llegaba á realizarse, pues no bien se montaba la máquina faltaba la basa y todo se consumía en preparativos sin llegar jamás á tener efecto.

Pio II, del mismo modo que Calisto III y Nicolao V, habia muerto en el momento en que estaba todo dispuesto ya para la destrucción de la media luna, y Paulo II murió, como Pio, estando hechos los mismos preparativos é igualmente próxima la ejecución. Algunos dias despues de la dieta de Ratisbona, en la noche del 27 al 28 de

julio de 1471, le acometió un accidente apoplético, y fué tan repentina su muerte, que ni pudieron darle ningun socorro ni hubo nadie que le viese espirar. Tenía entonces Paulo II cincuenta y cuatro años, y habia ocupado cerca de siete la Santa Sede. Se volvió despues á tratar muchas veces de la guerra contra los turcos y siempre bajo el

mismo plan, hasta que á fuerza de esperiencias se substituyó al entusiasmo de un valor efimero una conducta mas lenta, mas uniforme y por lo mismo mas temible. En efecto, hay ciertas preocupaciones cuya destrucción no puede lograrse, variando enteramente las ideas, sino á fuerza de tiempo y con la variación en las costumbres.

LIBRO QUINCUGÉSIMO-QUINTO.

Desde el comienzo del Pontificado de Sixto IV en el año 1471, hasta la reduccion de los moros de España en el de 1492.

ALGUNOS dias despues de la muerte de Paulo II, en 9 de agosto de 1471, fué elegido para sucederle Francisco de Alvescola de la Rovera, cardenal del título de San Pedro *ad vincula*, y tomó el nombre de Sixto IV, porque se habia entrado en cónclave á tiempo que se estaba celebrando la fiesta de San Sixto, Papa y mártir. Hacia cuatro años que era cardenal, tenia cincuenta y siete años, y era de una familia bastante ordinaria, pues que el embajador de Venecia, enviado para prestarle obediencia en nombre de la república, le dijo espresamente que recibía su nobleza no de sus antepasados, sino de su capacidad y de su virtud (1). Si despues fué como adoptado por la antigua casa de la Rovera, es porque no hay nobleza que no busque lustre y pocos hombres ilustres que no gusten de engalanarse con la nobleza. La mayor parte de los historia-

dores dicen que Sixto IV fué hijo de un pescador de la aldea de Celles en el Estado de Génova, y añaden que él mismo habia ejercido este oficio en sus primeros años.

Como quiera que sea, su promoción no produjo envidias, pues su mérito tapó la boca así á los mas antiguos que él como á los cardenales de mas ilustre alcurnia. Poseía en grado eminente la filosofía, la teología, el talento de escribir y el de manejo de los negocios, y aun las lenguas sabias. Habia sido franciscano, profesor de las escuelas mas célebres de Italia, y despues general de su orden, de donde le habia sacado Paulo II para hacerle cardenal por recomendación del sabio y piadoso Besarion, cuya amistad bastaria por sí sola para formar su elogio. La púrpura alteró tan poco sus virtudes religiosas, que su casa mas bien parecia un monasterio que el palacio de un cardenal. No se le acusa mas que de dos defectos: uno, que criticos importunos

(1) Fulgos. de dict. et fact. l. 3, c. 4.